

Los que venimos de tan lejos

Nélida Piñon

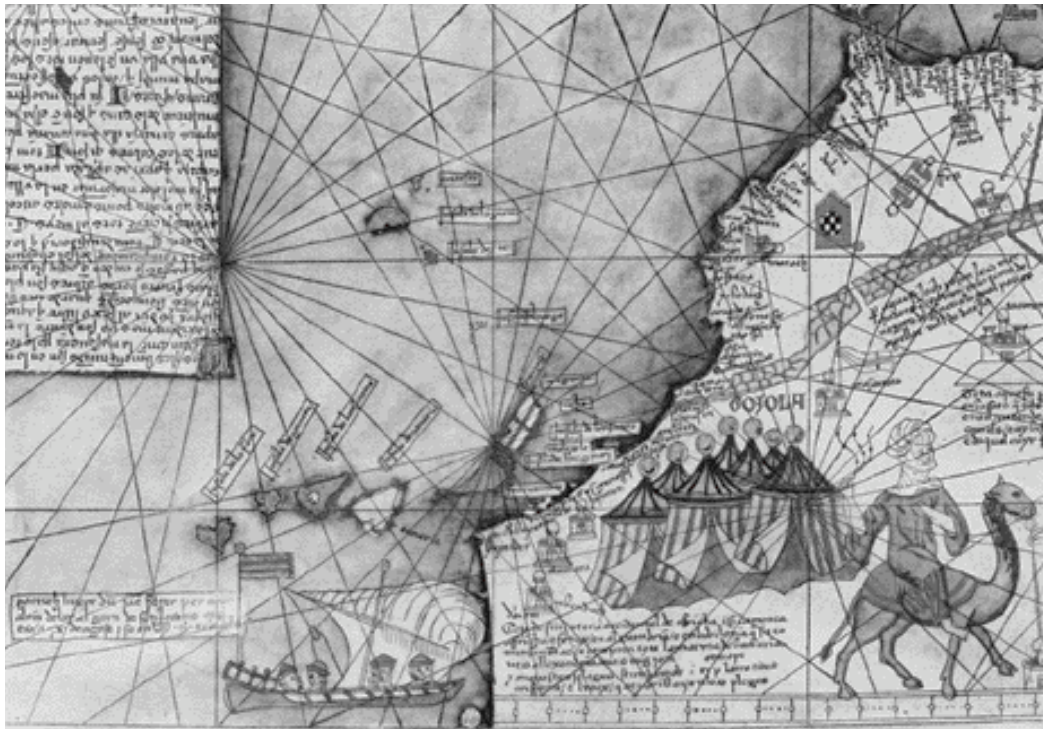


La escuadra imperial ante la Goleta

La escritora brasileña Nélida Piñon —La república de los sueños, La dulce canción de Caetana— analiza los rasgos distintivos de las culturas americanas frente a Europa y de cara a un pasado tan lejano como el de las confluencias celta, goda y visigoda en España. Habla del mare nostrum como el espacio de encuentro donde se “perfiló la índole de nuestro ser”, relativiza las nociones del lejos y del cerca e indaga en la dualidad real del ser americano.

Vinimos de lejos, pero no somos bárbaros, extranjeros. Los fulgores que integran nuestro ser y el misterio que lo circunda son latinos e ibéricos. Somos múltiples, dispersos, mestizos. Por fortuna para nosotros fuimos visigodos, íberos, celtas, griegos, romanos y árabes antes de

ser iberoamericanos. Mediterráneos antes de ser atlánticos, antes de cruzar las columnas de Hércules, antes de que las naves portuguesas y españolas se lanzaran al encuentro de la línea del horizonte que amenazaba con tragárselas.



Detalle del *Athlas catalán* de Abraham y Jafuda Cresques

La historia del continente nos induce a rastrear en cada uno de nosotros rasgos fenicios, godos, cartagineses, semíticos. Una argamasa étnica tan compleja que nos toca indagar cuál fue el pueblo ausente en nuestra formación, qué nos ha faltado para ser de hecho iberoamericanos.

Somos hijos de este universo abrasivo, cuna del encuentro entre bárbaros y civilizados y, fruto de esta fermentación fáustica, de intervalos anímicos, bullen en nosotros productos antiguos resultantes de esas culturas que, en la orilla del mediterráneo, entablaban la batalla

entre la vida y la muerte al tiempo que tejían la policromía luminosa de la poesía.

Somos tantos y todos. Debido a esta grey ávida, cuestionamos los ingredientes con los que se forjan hijos y naciones y favorecen el caos de la sangre y la memoria. No obstante, en tanto que herederos de un espíritu predatorio que ambiciona la carne ajena, seguimos construyendo las metáforas con las que frecuentar el teatro humano.

Como hijos de todas las navegaciones, se guarece en nosotros el recuerdo de los viajes europeos, africanos,

Gracias a un repertorio construido hace cinco siglos, América, perseguida por la desfachatez utópica de Europa, renegó del ideario metafísico, maldijo veladamente los ejercicios espirituales y rechazó el camino de la santidad. Bajo la práctica de la lujuria, de la cual afloró su mestizaje, se liberó del camino alienante que intimida a los herederos dilectos de la utopía.

orientales, compulsivos y traicioneros. Junto a los aedos, a los chamanes y a los amautas, citamos los nombres de Sócrates, Ovidio y Virgilio. Pero para llegar al futuro, que somos nosotros, aún hoy sufrimos el peso de la conquista y de la ruina, de la modernidad que nos impone el enigma y el conocimiento.

En la condición de poetas que siempre fuimos, fertilizamos el presente interrogando los pormenores de nuestra génesis. Gracias a un repertorio construido hace cinco siglos, América, perseguida por la desfachatez utópica de Europa, renegó del ideario metafísico, maldijo veladamente los ejercicios espirituales y rechazó el camino de la santidad. Bajo la práctica de la lujuria, de la cual afloró su mestizaje, se liberó del camino alienante que intimida a los herederos dilectos de la utopía.

Como consecuencia, la figura americana que destaca en ese horizonte no es utópica. Antes al contrario, su perfil niega los principios consagrados por los descubridores, carece de una ideología que revele su sustrato, su pecado original. ¿No es cierto acaso que la consagración de la utopía es incómoda?, ¿qué nos aparta de la realidad construida por el continente latinoamericano en medio de conflictos y ambivalencias? porque, aun si nacemos de utopías dilacerantes, ¿por qué deshacer los lazos que nos unen al imaginario americano?, ¿por qué reducir los riesgos de una actuación social quizá desastrosa, en pro de un modelo que no es nuestro?, ¿por qué evitar zambullirse en modelos autóctonos y descubrir al fin la dualidad real de nuestro ser?

La verdad latina y la consigna griega que, junto a otras contribuciones étnicas, subsisten en América, nos precipitan a vivir con negligencia el espectáculo humano. Como si no nos fuera dado alterar una situación destinada a un desenlace imprevisible o responder por

culturas que hablan por nuestra boca, nuestro corazón y nuestros genitales. Mas, ¿no será esa convicción un simple pretexto para ser históricamente distraídos, indisciplinados, caóticos y tener escaso aprecio por la ley magna y la causa pública? ¿No se tratará de un comportamiento perpetuado en el inconsciente colectivo iberoamericano a partir de aquellos visigodos sabidamente incompetentes e ineficaces?

Hace mucho que aprendimos que la cultura, en la cual nos sumergimos, traduce una manera particular de relacionarnos con el mundo. Interroga en qué circunstancia el pensamiento y la acción, la alegría y la compasión, abandonan los límites de la propia historia para sembrar, en direcciones contrarias, nociones reales de la vida y la discordia. Establece el embate impuesto por las fuerzas procedentes de la realidad mestiza en falsa oposición con la cultura heredada. Un movimiento pendular que cuestiona la propia universalidad anhelando ser legítimamente universal.

La América ibérica se presenta al mundo rodeada de marcas iconográficas. Esos rasgos, asimilados o impuestos, son representaciones de la realidad. Confiere una dimensión emblemática a nuestra manera de amar, de gritar, de escondernos tras las máscaras y los estereotipos. En todos los rincones nuestros el Mediterráneo está simbólicamente presente. Persiste en cada recodo americano la influencia del mar —*mare nostrum*— que perfiló la índole de nuestro ser, moldeó el genio latino-ibérico y marcó los fundamentos de la civilización. Sobre todo a través de aquellos íberos que, apegados al paisaje, a la aldea, a la cotidianidad del campesino, nos transmitieron un individualismo empedernido cuando, hace tres mil años, ocuparon la península y soñaron con bordear un día las márgenes de alguna América.



Infantería almogavar, pintura mural del siglo XIII

...a pesar de habernos desvinculado a lo largo de los siglos de aquellas ordenaciones impuestas por los conquistadores españoles y portugueses que preveían erigir ciudades, comandar el juego de la luz y las sombras, sembrar características, muchas de ellas están aún hoy presentes en nosotros cuando amamos, reímos, nos excedemos.



Arquero, detalle de un artesonado medieval

Junto con los celtas, ellos convirtieron la región en una encrucijada de civilizaciones. Feliz confluencia étnica que consolidó entre ellos el amor a la soledad, la iconoclastia, la imaginación exaltada y la atracción por la magia. También los romanos aportaron la lengua, la ley,

la filosofía, calcada de los griegos. Se integran en esa cultura el estoicismo romano, las filigranas árabes y la teología judaica, culturas que indagan a quién debemos la invención narrativa.

¿Acaso a Colón, que registró en su Diario los dictámenes de lo cotidiano y cuya meticulosa escritura transcribió los contratiempos de su aventura primero en las líneas sinuosas de los mapas hasta darles vida? Un subterfugio verbal que asegura a los sucesores una narración con foro de insubordinación y singularidad. Para que bajo la supremacía de la fabulación, las crónicas, con barniz de ficción, reforzasen las excelencias y las miserias de aquella epopeya, representasen la soledad americana y la amorosa atracción por el verbo hechizador.

Sin embargo, no fueron los ibéricos los únicos celosos de los enigmas americanos. Huamán Poma de Ayala, noble inca del siglo XVI, también se incorporó a la senda ibérica. Cifrándose a la regla de la invención, construyó una visión mestiza del continente. En una carta a Felipe II escrita a lo largo de treinta años, registró la lúgubre melancolía de su pueblo. Una tristeza que impregnará en el futuro a intérpretes del mismo linaje espiritual, como Juan Rulfo y José María Arguedas.

En su documento, ante la inevitable alianza con los españoles, Huamán, arrogándose el derecho de confiar en los efectos persuasivos de la palabra, aspira a liberarse del sentimiento de la fractura histórica sufrida. Así, sin renunciar a la memoria de su raza, llena centenares de páginas y reconoce que su litigio es justo.

El mismo mestizaje se refuerza con la melancolía portuguesa, cuya política de alianzas matrimoniales contagió a la nobleza europea de ese sutil rasgo poético del temperamento humano. Así, cuando el portugués Don Sebastián falleció en Alcazarquivir mientras se aguardaba en vano su regreso a Lisboa, se implantó en el espíritu luso y brasileño un sentimiento conocido como sebastianismo que, a través de la infinita esperanza, ampara a los defensores de las causas perdidas.

Tan pronto como el jesuita y canario José de Anchieta llegó a Brasil, evangelizó a los indios por medio

de precarias imitaciones teatrales, adoptó entre nosotros la poética del simulacro y, apropiándose de la ilusión como tema, implantó en el sustrato de los primeros brasileños la estética de la carencia y de la magia, la vocación antirrealista. Mediante tal juego de representación se fue forjando un imaginario que, abastecido de fantasía, elaboró un sistema social menos rígido y jerarquizado.

Bajo el signo de estos paradigmas que brillan en el continente, la carga y la fascinación de tal genealogía nos devuelve fatalmente al universo helénico, latino, al extenso mar humano en fin, al camino de la misteriosa modernidad donde descansan nuestras señas de identidad.

Describir quiénes somos, además de resultar insuficiente, lleva el verbo a reverberar, a errar. Nos lleva a decir que vivimos lejos, pero próximos al origen, a la supuesta génesis. A decir que ser ibérico es supuestamente no ser ibérico; es ser, en cambio, alguna cosa que se coloca en su lugar y que se acepta como evidencia de nuestro portentoso mestizaje.

Por otro lado, cuando esta porción ibérica, venida de aquí, se ausenta de nosotros, ella nos falta, crea vacíos y huecos dramáticos en nuestro ser. Y tal es la falta que se siente que pronto salimos en busca de la materia que nos identifique de nuevo con España, con Portugal y con los demás pueblos que integran esta amalgama.

Sin embargo, esta carencia, tan presente en nosotros, nos impulsa a crear, a vivir, a adentrarnos en la porción mágica que susurra el misterio del arte y de la muerte. Nos fuerza a meditar que, a pesar de habernos desvinculado a lo largo de los siglos de aquellas ordenaciones impuestas por los conquistadores españoles y portugueses que preveían erigir ciudades, comandar el juego de la luz y las sombras, sembrar características, muchas

de ellas están aún hoy presentes en nosotros cuando amamos, reímos, nos excedemos. Quién sabe cuándo somos ufanos, histriónicos o cervantinos. Cuándo nos toca retratar el ridículo humano o cuándo somos milenaristas, como el brasileño Antonio Conselheiro y sus seguidores que, a finales del siglo XIX, tras el colapso de la monarquía y la pérdida de la barba blanca de nuestro emperador Pedro II, trataron de construir su otro reino en la Tierra en los confines de Bahía, al norte del Brasil.

Una ordenación que, al atraernos a su centro de gravedad, nos confundió y aún ahora nos hace oscilar entre la falsa austeridad y la carnavalización de la realidad; el fluir del melodrama y el escarnio; la turbulencia, la violencia y la cordialidad; el cinismo y el exceso de un optimismo que nos sumerge fatalmente en la esperanza. Tal vez nos estimuló a esquivar del derecho a reclamar y a defendernos como conviene; a esconder el alma del continente latinoamericano tras una falsa apología de la alegría, de los alborozos pasajeros; a camuflar la apariencia mestiza bajo el escudo de patrones estéticos importados. Un mestizaje que, al final, se somete conmovido ante el uso constante de la materia poética capaz de iluminar incluso la cotidianidad más miserable.

Con todo, en nuestra condición de ibéricos y mestizos no somos edificantes, ni santos, ni puros, ni históricamente inocentes. Nos falta la sumisión a la ley. Nos falta la acción universal que congrega cantidades dispares y las puede equiparar para el bien común. En compensación, la singularidad que nos modela es de tal magnitud que nos sobra en abundancia el sentimiento epifánico con el que nos proclamamos universales y cosmopolitas, razón esencial de que hayamos venido de tan lejos y estemos hoy tan cerca de todos ustedes. **U**



Fiestas de la coronación de Moctezuma, Diego Durán